

## **SABOR Y AMOR.**

Amanecía en la pequeña localidad, era una fría mañana de invierno en el inicio del nuevo milenio, transcurrían momentos difíciles, la crisis económica pegaba de lleno en la sociedad toda.

Ella caminaba de prisa, el monocromo nocturno dejaba paso a unos tímidos rayos de sol que querían asomar.

Todo era calma, el sonido de sus pasos era lo único que interrumpió el silencio, hasta que dos siluetas se divisan a lo lejos.

En su mente pensó “me van a robar” y, dubitativa incrementó el ritmo de sus pasos sin saber si debía continuar por esa acera o no, los jóvenes hablaban con elevado tono, parecía que discutían, pero seguían avanzando, hasta que el cruce fue inevitable.

El corazón de la cincuentona dama se aceleró aún más cuando uno de los muchachos se aproxima y sin mediar palabras la sumerge en un enorme abrazo, y mirándola a los ojos le dice: “te acordás de mí, soy Julián del INAME, al que le encantaba la crema con caramelo que vos me preparabas, ¿verdad que me recordás?”.

La mujer respiró profundamente e inmediatamente lo estrujó en sus brazos, claro que se acordaba de él y de cientos de niños y adolescentes que a lo largo de decenas de años pudo brindarle mucho más que un plato de comida.

Ella había nacido en el seno de una familia numerosa en el interior profundo. Palabras de afecto nunca se escucharon en su hogar, sólo hambre, frío, destrato y muchos golpes.

La escuela fue sólo un sueño inconcluso.

Así creció, entre animales, siempre añorando una vida distinta.

Durante su infancia y adolescencia trabajó en diferentes tareas rurales, hasta que a los dieciocho años escuchó por la radio que en Minas necesitaban una empleada con cama. Sin dudarle un instante, tomó su único vestido, las ganas de una vida mejor y el tren rumbo a la capital departamental.

Al llegar a su empleo se deslumbró cuando le asignaron un dormitorio, era la primera vez que poseía algo propio, era la primera vez que dormía en un colchón.

Luego de unos meses de trabajo, sus patronos se sorprendieron al ver el llanto lleno de emoción de la muchacha quien nunca había recibido un regalo en Navidad.

En ese lugar trabajó de sol a sol, pero también descubrió lo hermoso de sentirse respetada, también en la ciudad encontró el amor.

Pasó el tiempo, ella siguió trabajando a diario, sabe que el futuro es incierto y que seguramente requerirá de mucho esfuerzo, pero no importa, toda su vida se resume en esa palabra.

Los años transcurren y surge la oportunidad de trabajar en una escuela por comisión fomento, algo que le permite estar en contacto con muchos niños de hogares carenciados.

Después de ocho años de trabajo arduo y cero faltas ingresa como funcionaria de primaria desarrollando la misma labor, siempre con enorme entusiasmo, día tras día pensando qué alimentos elaborar para hacer del almuerzo un momento de disfrute, que aporte una dieta variada, sabrosa y nutritiva.

Hizo del trabajo su vida, dónde su marca personal fue su estruendosa sonrisa y la comida exquisita, brindando un abrazo a quien lo necesitara, intentando llevar en un plato de comida lo mejor de sí, para que, aunque sea por un ratito las tristezas duelan menos.

En cada ingrediente había un pienso, en cada plato una sonrisa, visibilizando en ese niño del comedor escolar su propia historia llena de desamor, siendo cada día la persona que le hubiera gustado encontrar en su infancia y que tal vez por no permitirle asistir a la escuela le fue negada. Generaciones de alumnos valoran haberla encontrado y le agradecen la mano cálida, la sonrisa franca, la solidaridad a flor de piel y también cientos de docentes que compartieron el ámbito escolar reconocen su buen gusto al cocinar, su disponibilidad y compromiso, la higiene en todas las preparaciones y el brindar mucho más de lo que el trabajo requería.

Hoy camina a paso cansino, el transitar del tiempo le ha dejado múltiples huellas en sus articulaciones, pero siempre es disfrutable acompañar sus pasos por la ciudad, y apreciar múltiples coterráneos acercarse con brillo en los ojos al saludarla y recordarle lo importante que fue su presencia en la niñez.

Ahora está jubilada en su hogar, después de más de cuarenta años de trabajo constante, pero su mente sigue allí en historias de maestros, en las ollas y los platos, en la inocencia de niños que impregnaron su ADN con las delicias y la sonrisa de Leda, la cocinera de la Escuela 1.

MAGNÉTICA.